

LECTORES, ESCRITORES Y MEDIADORES, UN TRIÁNGULO ARDIENTE

Readers, Writers, and Mediators, a Fiery Triangle

Liliana BODOC

Escritora

bodoc.liliana@gmail.com

La literatura para niños y jóvenes es un asunto que excede por mucho la dupla autor-lector. La mediación individual e institucional hacen improbable el hecho de que los escritores se desentiendan plenamente de los ojos, de las morales, de las ideologías que van a mediar entre ellos y sus destinatarios. Mediación que, en muchos casos, es absoluta, inflexible y no requiere de argumentaciones:

En nuestra escuela no se leen libros que aborden el tema de divorcio, no se aceptan insultos por escrito, no se toleran protagonistas travestidos.

En definitiva, señorita promotora de la editorial NN, si quiere vendernos busque en su catálogo alguna novelita edificante, que le permita a la docente trabajar sobre los valores, específicamente nos interesa el temita de la convivencia intra escolar... ¡Excelente si podemos aprovecharla para ilustrar alguna otra disciplina! Y por favor, que sea entretenida...

Ahora bien, hasta aquí puede parecer que me contento denostando la intermediación. Sin embargo, en un mínimo ejercicio de honestidad me pregunto qué habría pasado si mis hijos hubiesen leído en la escuela un libro que celebrara la discriminación, que presentara los exterminios como batallas gloriosas, que enarbolará la idea de supremacía, etc. Supongo alguna reacción como madre, y como ser humano que defiende un mundo. ¿Entonces? Entonces, quizás haya que aceptar que no todos los escritores podemos escribir para todos los niños.

Los niños son la reserva ideológica del micromundo al que pertenecen. Ejercicio de traspaso y control que se ejerce mucho más en las clases con mayor caudal educativo y, por supuesto, en los estratos más poderosos.

A veces nos preguntan para qué niños escribimos. Y tal vez, cuando escribimos pensamos en aquellos adultos mediadores, padres, maestros, maestras, profesores, bibliotecarios que comparten, al menos en un segmento importante, nuestra visión del mundo.

La literatura para niños y jóvenes está atravesada por todos los discursos y todas las contradicciones sociales. Todavía más, la literatura para niños y jóvenes es uno de los ámbitos donde las sociedades tramitan los temas culturalmente relevantes o neurálgicos.

Hasta no hace mucho tiempo la sociedad, o parte de ella, pensaba la lectura literaria en niños y jóvenes al modo platónico porque parecía coincidir con el filósofo en su desconfianza y condena del arte como enemigo de la verdad y generador de simulacros. Hasta no hace tanto tiempo leer era cosa de mujeres, de vagos, de viejos, de enfermos. Me atrevo a decir que hay una pervivencia, y no poca, de esta visión. Por eso, si bien la literatura es hoy una asignatura escolar, es, sin lugar a dudas, una asignatura escolar de segundo nivel. Hay ecos de Platón en la concepción real que la sociedad tiene de la literatura para niños y jóvenes.

Sería del todo injusto ignorar que hay una apertura y una intención distintas. Más atención y mejores miradas se vuelcan sobre la literatura o, mejor, sobre las potencias de la lectura en niños y jóvenes. Pero sigue siendo el espacio que carga con el mandato de “construir una infancia”, y esto la lleva de Platón a Aristóteles, y la coloca en la tan antigua como compleja encrucijada entre lo ético y lo estético, lo bello y verdadero, lo bello y lo útil, etc. Supongo que esto sucede porque los elementos culturales fundantes se adquieren en los primeros años de vida. Y así nos corresponde o se pretende que nos corresponda la tarea de formar individuos que “pertenezcan”, que entren al cauce de una determinada cultura.

Con seguridad, actualmente se abrió mucho el espectro posible, y la literatura infantil y juvenil está habilitada para plantear alternativas sociales, pero es muy clara respecto de la obligación de formar personas que pertenezcan a una cultura. En la literatura infantil y juvenil, la sociedad tramita los temas relevantes y al mismo tiempo se funda, se identifica y se preserva. Esto acerca la LIJ a la zona de lo sagrado, entendiendo sagrado como la zona central de una cultura. Un altar, un núcleo semánticamente apretado. Es frecuente escuchar, si de arte hablamos, sobre la autonomía de lo humano respecto de lo sagrado. Bien, a diferencia de esto, la literatura para niños y jóvenes trabaja y permanece en lo sagrado. Permanece en la zona central de una cultura porque pretende formar individuos culturalmente aptos. Por lo mismo, y esta afirmación no pretende ser en modo alguno peyorativa, se celebra la repetición. Cuando de LIJ se

trata, es frecuente la redundancia, en lo formal, en lo temático, en lo argumental; es frecuente la preeminencia de la repetición por sobre la originalidad. O en todo caso la originalidad entendida como fidelidad al origen y no como la invención individual que intenta desprenderse de sus antecesores. La literatura para niños y jóvenes re-escribe tópicos: quizás los re-significa, los actualiza, pero los conserva. Cuenta muchas veces el mismo cuento porque en ese cuento hay una enseñanza cultural.

Por lo mismo, es decir, por su relevancia cultural, la literatura infantil y juvenil no se preocupa por la *verdad del modelo*, sino por la verdad de lo *representado*. No es arte figurativo o naturalista porque la verdad que importa es la del paradigma cultural y no la del mundo fenoménico.

En la literatura infantil y juvenil lo maravilloso y lo fantástico, lo distorsionado, lo exagerado, no son una ñoñería o una divagación o un disparate... Son, al contrario, una manera de obviar lo fenoménico para ocuparse de lo central. Un duende del bosque puede representar la relación vital e igualitaria del hombre con la naturaleza, un muñeco de madera parlante puede hablar de la soledad, de la ancianidad y de la infancia, los monstruos pueden hablar de aquello que interpela nuestras certezas tanto biológicas como culturales, etc. Al fin, la literatura para niños y jóvenes, como una buena parte del arte cultural, pasa por sobre la obligación de la representación fenoménica para intentar adentrarse en los significados profundos.

Adhiero a la idea del arte como generador de humanidad, saberes, integridad. Pero justamente por eso confío en la ficción, y no creo necesario señalar el camino de la literatura con carteles de advertencia: "Atención, metáfora peligrosa"; "Argumento sinuoso, reduzca la velocidad"; "Pruebe los frenos, final abierto"; "Prohibido girar a la izquierda, ¡radares!".

En lo personal, me preocupa que no se deteriore la capacidad de soñar, de crear, me preocupa que no se pierda la posibilidad de ser criaturas mágicas, seres colectivos y hermanados. Somos los adultos quienes debemos y podemos procurarles a los niños y a los jóvenes esos bienes. Pero supongo que solo vamos a hacerlo si nosotros seguimos soñando, y creyendo y viviendo como criaturas mágicas porque es mágica la condición humana. Si nos preguntamos por el Tiempo más que por las arrugas, por la sabiduría más que por los pos-grados, si somos capaces de recordar que a más pertenencias más esclavitud y, en cambio, a más poesía más libertad.

Soñar, escribir y vivir apasionadamente en dirección al último instante nos va a hacer merecedores de nuestros niños.

No escribamos para ellos desde nuestros miedos, sino desde nuestro coraje.